

EL SEÑOR COSMO

Inés Cortell Cerdá

Segundo de Bachillerato

IES Manuel Sanchis Guarner de Castellón de Rugat

El señor Cosmo llegó -y era evidente que llegaba y no volvía- con el ferrocarril, con la camisa y la corbata que aquí usamos en la procesión. Era circunspecto, y bajaba por la calle repicando las suelas y chasqueando los labios por las contradicciones: los adoquines y el polvo de la era. En fin, cosas poco prácticas. Había adquirido una casita, pequeñita, mona, junto al horno, pero para él era muy poco. Puso cara de disgusto -cara que los vecinos vimos- antes de entrar. Allí estuvo preso unos días, como incubando el mal humor. Cuando por fin oímos de nuevo el repiqueteo de las suelas, ya tenía cara de contento.

En el casino del pueblo, el señor Cosmo fue interrogado por su nombre, que era de veras peculiar. Quitándose el polvo del traje que estaba empeñado en usar, el señor tuvo a bien explicar que Cosmo le venía de Cosmopolita y de ser el centro de las reuniones y de allá donde fuese. Luego tuvo que detallarles a un par qué era ese palabro y ahí el señor Cosmo ya se dio por vencido. Ahora bien, era educado hasta decir basta. Les dijo a los muchachos que eran unos ignorantes sin que estos se pudiesen molestar.

El señor Cosmo detestaba los bancales, la era, la plaza y hasta su propia casa y las calles, por eso pasaba las horas en el casino. Era un lugar humilde que solo pretendía ser cuatro paredes en las que reunirse. El casino, por lo visto, le recordaba a su hogar. Más que el casino, la caja en que se guardaban los ingresos. Ah, ingresos. Qué hermosa palabra. Los jornaleros, los de la Fábrica, se encontraban tras el trabajo en el casino. Al

final tomaron la costumbre de sentarse en la mesa del señor Cosmopolita, porque tenía una arenga muy buena. El señor Cosmo les invitaba a unas cuantas copas para contarles cosas de su casa. Decía que por lo pronto era modesta, pero que con un par de manos más podría ser más que aceptable, y con cuatro o cinco... Oh, con cuatro o cinco el señor Cosmo haría grandes planes. Porque, si algo le gustaba, era organizar las cosas. Este era su lema: organización, puntualidad y trabajo, y su santo y seña eran, sin duda, los ingresos, más que los ingresos, ¡los números! Los números con muchos ceros y sin nombre.

Sobre todo, el señor Cosmo hizo brecha con aquellos jóvenes zurcidos de sueños que el Pueblo no podía satisfacer, para quienes el campo se quedaba chico. Para ellos el señor Cosmo abrió las puertas de su casa. Y es que él sabía mucho de cosas prácticas, de mecánica, de ingeniería, de tuercas, de cosas que producían otras cosas. Con cada muchacho que se unía a la empresa, la casita pequeñita del señor Cosmopolita se ensanchaba un poco. Era un fenómeno casi imperceptible, pero vaya que si sucedió. Los muchachos dibujaban planos, diseñaban cacharros. Pero, que quedase claro, los planos y cacharros, les advirtió el señor Cosmo, no debían salir de su casita, eran para allí. Los muchachos del señor Cosmo, así los conocía el Pueblo. Luego los llamábamos Cosmopolitas.

La panadera, por poner un ejemplo, tenía dos hijos y el señor Cosmo vino a explicarles cómo hacer el pan sin manos. El pequeño lo envió a freír espárragos, pero el segundo se cosmopolitó, para aprender la técnica de las magdalenas -a las que les tenía mucha rabia- sin manos. Pero una vez que la supo, no volvió al horno, porque vaya bajeza, qué vulgaridad. Y la casita del señor Cosmo creció un poquito. Y en el horno, como le faltaban las manos del mayor, pues el pequeño trabajaba más. Y como vivía frente a la casa del señor Cosmo, veía a su hermano hacer las magdalenas sin manos e irse al casino después. Al final le dio un último achuchón a la masa del pan, y se

EL SEÑOR COSMO

Inés Cortell Cerdá

Segundo de Bachillerato

IES Manuel Sanchis Guarner de Castellón de Rugat

El señor Cosmo llegó -y era evidente que llegaba y no volvía- con el ferrocarril, con la camisa y la corbata que aquí usamos en la procesión. Era circunspecto, y bajaba por la calle repicando las suelas y chasqueando los labios por las contradicciones: los adoquines y el polvo de la era. En fin, cosas poco prácticas. Había adquirido una casita, pequeñita, mona, junto al horno, pero para él era muy poco. Puso cara de disgusto -cara que los vecinos vimos- antes de entrar. Allí estuvo preso unos días, como incubando el mal humor. Cuando por fin oímos de nuevo el repiqueteo de las suelas, ya tenía cara de contento.

En el casino del pueblo, el señor Cosmo fue interrogado por su nombre, que era de veras peculiar. Quitándose el polvo del traje que estaba empeñado en usar, el señor tuvo a bien explicar que Cosmo le venía de Cosmopolita y de ser el centro de las reuniones y de allá donde fuese. Luego tuvo que detallarles a un par qué era ese palabro y ahí el señor Cosmo ya se dio por vencido. Ahora bien, era educado hasta decir basta. Les dijo a los muchachos que eran unos ignorantes sin que estos se pudiesen molestar.

El señor Cosmo detestaba los bancales, la era, la plaza y hasta su propia casa y las calles, por eso pasaba las horas en el casino. Era un lugar humilde que solo pretendía ser cuatro paredes en las que reunirse. El casino, por lo visto, le recordaba a su hogar. Más que el casino, la caja en que se guardaban los ingresos. Ah, ingresos. Qué hermosa palabra. Los jornaleros, los de la Fábrica, se encontraban tras el trabajo en el casino. Al

final tomaron la costumbre de sentarse en la mesa del señor Cosmopolita, porque tenía una arenga muy buena. El señor Cosmo les invitaba a unas cuantas copas para contarles cosas de su casa. Decía que por lo pronto era modesta, pero que con un par de manos más podría ser más que aceptable, y con cuatro o cinco... Oh, con cuatro o cinco el señor Cosmo haría grandes planes. Porque, si algo le gustaba, era organizar las cosas. Este era su lema: organización, puntualidad y trabajo, y su santo y seña eran, sin duda, los ingresos, más que los ingresos, ¡los números! Los números con muchos ceros y sin nombre.

Sobre todo, el señor Cosmo hizo brecha con aquellos jóvenes zurcidos de sueños que el Pueblo no podía satisfacer, para quienes el campo se quedaba chico. Para ellos el señor Cosmo abrió las puertas de su casa. Y es que él sabía mucho de cosas prácticas, de mecánica, de ingeniería, de tuercas, de cosas que producían otras cosas. Con cada muchacho que se unía a la empresa, la casita pequeñita del señor Cosmopolita se ensanchaba un poco. Era un fenómeno casi imperceptible, pero vaya que si sucedió. Los muchachos dibujaban planos, diseñaban cacharros. Pero, que quedase claro, los planos y cacharros, les advirtió el señor Cosmo, no debían salir de su casita, eran para allí. Los muchachos del señor Cosmo, así los conocía el Pueblo. Luego los llamábamos Cosmopolitas.

La panadera, por poner un ejemplo, tenía dos hijos y el señor Cosmo vino a explicarles cómo hacer el pan sin manos. El pequeño lo envió a freír espárragos, pero el segundo se cosmopolitó, para aprender la técnica de las magdalenas -a las que les tenía mucha rabia- sin manos. Pero una vez que la supo, no volvió al horno, porque vaya bajeza, qué vulgaridad. Y la casita del señor Cosmo creció un poquito. Y en el horno, como le faltaban las manos del mayor, pues el pequeño trabajaba más. Y como vivía frente a la casa del señor Cosmo, veía a su hermano hacer las magdalenas sin manos e irse al casino después. Al final le dio un último achuchón a la masa del pan, y se

cosmopolitó. ¡Qué lágrimas le caían a la panadera! Su marido y ella no salieron ya más del horno, porque no tenían tiempo. El tiempo, por cierto, también apasionaba al señor Cosmo, más bien, gastar poco y hacer mucho.

La casa del señor Cosmo había madurado tanto, que acabó por absorber a la vecina primero, a la calle después. Entonces hizo que los muchachos arrancasen los adoquines, por poco prácticos. Se quedó lisa, fina como la piel de un niño. La casa de los Cosmopolitas era poco menos que una orquesta estridente de chirridos, zumbidos y sirenas. Tenía tres o cuatro chimeneas con las que el hollín del horno no podía competir. Siempre había una nube sobre la casa del señor Cosmo. Precisamente, sus días preferidos eran nublados.

Los muchachos cosmopolitas y su mentor terminaban la jornada en el casino, los mozos del Pueblo les escuchaban hablar de sus artefactos, de sus progresos. Progreso, otro concepto que el señor Cosmo tenía siempre en boca. Ahora ya con sus cacharros listos, necesitaba manos. Muchas, muchas manos. El señor Cosmopolita se frotó el índice contra el pulgar. Hubo quien no dudó, quien aquella noche ya durmió con los Cosmos. Pero ellos ya no estudiaban, ni diseñaban cosas con el señor Cosmo, ellos trabajaban, ellos se quedaban sin tiempo. Pagaban un módico precio por su estancia, comían lo que ellos mismos producían. Y quizá entonces echaron de menos a la panadera.

La Fábrica del Pueblo había empleado generaciones, los campos habían conocido partos. Tampoco es que ninguno de los dos fuese especialmente cariñoso. El pueblo necesitaba otras cosas. Pero todo lo que se hacía en casa Cosmo, se quedaba en casa Cosmo. Y los muchachos, que sufrían las rabietas del campo y del amo, pues se fueron también. Y en sus campos un día la fruta se quedó en el árbol y empezó a pudrirse, nacieron zarzas que se comieron la hortaliza. Se dejaron yermos. Pocas cosas hay más tristes que los campos yermos.

En la Fábrica todavía quedaban mozos, pero como eran pocos trabajaban más. En

el casino veían al señor Cosmo frotarse el dedo índice con el pulgar. Quienes permanecieron en la Fábrica no eran suficientes. Entonces el señor Cosmo habló con el amo, y le dijo al amo dónde encontrar manos baratas, y la casa del señor Cosmo creció un poco más. Los supervivientes, que no eran bastantes ni para el campo ni para la Fábrica, tuvieron que ir donde Cosmo a su pesar. La casa de Cosmopolita era más grande que el Pueblo en sí, ¡tan grande, tan grande! Trajo hasta su misma puerta el ferrocarril, allí iba gente en coche. No quedaba ni un adoquín.

Los primeros cosmopolitas dirigían al resto, inventaban nuevas cosas. El resto, tal y como el señor Cosmo quería, eran un número con muchos ceros y sin nombre. Algunos ya no salían de casa Cosmo, escribían a sus parientes viejos del Pueblo. Les contaban que el alquiler había subido, que la paga había bajado, que había mucho tráfico, mucho ruido, pero ¡qué animada, qué entretenida era la casa de Cosmopolita!

La nube negra que había allí llegó a los campos y reseco la tierra. No llovió más en el pueblo, no volvió a hacer frío. En los campos no crecía nada ni pidiéndolo por favor. Y el calor, el calor era para enloquecerse. Siempre flotaba una neblina amarilla, siempre había polvo en el alféizar. A mí me daba por recordar que ese polvo fue una vez un bancal verde.

A las Fiestas del Pueblo sí que no faltó nadie, nadie, nadie. El señor Cosmo abrió las puertas de su casa, negoció las vacaciones (recuperables) con los Cosmos, y todos para el Pueblo. Hubo reencuentros muy emocionantes, como el de la panadera con sus hijos, como el mío con mi hermano. Hubo muchos *por qué no te quedas*, pero la respuesta era evidente: porque allí no quedaba nada. Cuando terminaron las Fiestas, el cura también se fue donde Cosmo; allí tenía más público.

El señor Cosmo se encontró por la calle con el médico, fue una negociación dura. El señor médico que si sí, que si no. El señor Cosmo se frotó el índice con el pulgar. Desde entonces que para que nos curen tenemos que ir a casa Cosmo, para rezar tenemos que

ir a casa Cosmo, para ir al cine, para pagar, para cobrar, para comer, para vivir necesitamos al señor Cosmopolita.

Ahora el señor se queja de que no tiene materias primeras, que le escasean los suministros. Lo que no sabe el señor Cosmo es que los ha ahogado él, con esa nube negra que envuelve su casa, su casona. Lo que no sabe es que el campo es un desierto por su culpa. O lo sabe, pero no le importaba hasta ahora.

Su casa ya ocupa todo el Pueblo, solo quedo yo.

GENERALITAT VALENCIANA
CONSELL VALENCIÀ DE CULTURA
Ordre:

22 ABR 2020

Núm. 157	Núm.
ENTRADA	EIXIDA

1/1